

la unidad, pero sin abandonar su posición revolucionaria. En la opinión del autor, el único cambio sustancial en esa época es en la terminología empleada por Cárdenas, de la cual desaparecen en gran parte los conceptos del marxismo. Por lo demás, se puede hablar de una continuidad en los aspectos básicos de la política obrera, agraria, de industrialización, antiimperialista y antimonopolista de su gobierno a lo largo de todo el sexenio.

El tema central del libro está desarrollado con mucha claridad, sin que el autor abandone en ningún momento su hipótesis fundamental. Desgraciadamente, su interpretación del período —uno de los más complejos y difíciles de interpretar de la historia contemporánea de México— resulta un poco esquemática y unilateral. En el capítulo referente a la última etapa del régimen (1938-1940) utiliza indicadores muy débiles para demostrar su tesis de la continuidad efectiva de la política cardenista. Por ejemplo, para probar que Cárdenas mantuvo, hasta el final, una política auténticamente antiimperialista, cita un documento que éste entregó a Ávila Camacho en el que solicitaba la restricción de nuevas inversiones norteamericanas mientras el gobierno de Estados Unidos mantuviera su política de protección a los norteamericanos que se trasladaran a otros países, olvidando que fue precisamente en este período cuando Cárdenas abandonó definitivamente la promulgación de una nueva ley minera que tendía a favorecer a las cooperativas mineras nacionales frente a las empresas extranjeras. Afirma, también, que en 1940 se repartieron casi dos millones de hectáreas, pero no menciona el hecho de que apenas tres años antes se había repartido más del doble de esta cifra. Asimismo, pasa por alto o resuelve de una manera poco satisfactoria, muchas de las contradicciones de esta política agraria, como el hecho de que, en el reparto en zonas como la Comarca Lagunera, haya permitido que el equipo y las mejores tierras permanecieran en manos de los latifundistas. Por último, su tratamiento de los aspectos laborales e internacionales de la política cardenista es realmente superficial. Al referirse a la primera, no destaca el hecho de que el número de huelgas en el país disminuyó a casi la mitad de 1936 a 1940, y a la segunda le dedica escasas páginas. En general, utilizó pocos documentos primarios en su investigación, basándose, la mayor parte de las veces, en informes oficiales y periodísticos de dudosa confiabilidad. Es una pena que la insuficiencia de datos y la argumentación esquemática del autor sólo prueben parcialmente sus puntos de vista.

MARICLAIRE ACOSTA

HARVEY A. LEVENSTEIN, *Labor Organizations in the United States and Mexico. A History of their Relations*, Westport, Conn., Greenwood Publishing Company, 1971, 258 pp.

La obra del profesor Levenstein tiene importancia, entre otras cosas, por el hecho de que explora un terreno no tratado hasta ahora en la historiografía mexicana: la relación entre el movimiento obrero mexicano y el norteamericano. El tema no ha sido enteramente descuidado por los historiadores, pero hasta la fecha no se había dedicado una obra exclusiva a este tema. El estudio está basado principalmente en documentos de catorce archivos norteamericanos y en publicaciones tanto de sindicatos como de dependencias oficiales de México y de los Estados Unidos. El autor no pudo consultar ningún

archivo mexicano, pero en cambio obtuvo ciertos datos a través de entrevistas personales con Vicente Lombardo Toledano, Rosendo Salazar, Bernardo Cobos y José Ortiz Petricioli. Este procedimiento no reemplaza a la necesidad de trabajar documentalmente el lado mexicano de la historia, pero al menos hace menos evidente la laguna.

La narración se inicia a principios del siglo, con los primeros contactos entre el ala radical del movimiento obrero norteamericano, los Industrial Workers of the World (IWW), y su contraparte en México: el grupo magonista. Desafortunadamente, estos primeros contactos son analizados de manera muy superficial. La parte sustantiva del estudio se inicia con las relaciones establecidas entre la Casa del Obrero Mundial en México —y posteriormente la Confederación Regional de Obreros Mexicanos (CROM)— y la American Federation of Labor (AFL) en la segunda década de este siglo. La iniciativa en esta relación la tomó la AFL, particularmente su dinámico presidente, Samuel Gompers.

La relación entre la AFL y la CROM se mantuvo de manera efectiva desde la época carrancista hasta el momento en que la CROM perdió su carácter de organización obrera dominante en México después del asesinato de Obregón y sobre todo cuando el gobierno cardenista cedió ese lugar a la CTM, a mediados de los años treinta. El interés de la AFL en México en esos años fue múltiple. Por una parte Gompers buscó terminar con la influencia de la IWW y de toda influencia marxista en el movimiento obrero mexicano. Esto lo logró, en parte porque la CROM y los gobiernos mexicanos coincidieron con la AFL en este punto. Por otro lado, Gompers decidió usar su influencia en la CROM para auxiliar a Washington en algunas de sus políticas internacionales, como fue el caso durante la I Guerra Mundial, en que la AFL presionó a México para que abandonara su neutralidad en favor de los aliados o que al menos no siguiera políticas favorables a los Imperios Centrales. Dada la estrecha relación entre la CROM y el gobierno en los años veinte, los mexicanos usaron sus relaciones con la AFL para presionar a Washington durante los momentos de crisis diplomáticas entre los dos países y evitar así que Estados Unidos usara de la fuerza u otros medios de presión contra los gobiernos de la Revolución. Problemas más concretos, como eran los planteados por los trabajadores agrícolas mexicanos en Estados Unidos, cuya entrada disgustaba a la AFL y que la CROM deseaba proteger contra los abusos de los patrones, no se resolvieron por no haber coincidencia de intereses.

En los años treinta y durante la Segunda Guerra Mundial los actores cambian pero no así la naturaleza de las relaciones entre los grupos obreros. A la CROM la reemplazó la Confederación de Trabajadores de México (CTM) y ésta de inmediato estableció contactos con la rival de la AFL en Estados Unidos: el Congress of Industrial Organizations (CIO). En ambos casos hubo un giro a la izquierda. La CIO busca la colaboración de los obreros mexicanos en apoyo de la política internacional del presidente Roosevelt en su lucha contra el fascismo y la CTM exige, en cambio, el apoyo de la CIO para la política nacionalista de Cárdenas, especialmente durante la crisis petrolera. El líder de la CIO, John L. Lewis, le dio su respaldo a Cárdenas. El problema de los trabajadores mexicanos en Estados Unidos subsistió, esta vez por la existencia del programa de braceros, originado por las necesidades de mano de obra en Estados Unidos creadas por la II Guerra Mundial y por

la guerra de Corea. De nuevo los intereses de las dos organizaciones difirieron y no se llegó a ningún acuerdo.

Las relaciones en esta nueva etapa no estuvieron libres de tensión, especialmente por las diferencias entre la CTM cardenista y la AFL que aún apoyaba a la CROM. Sólo las necesidades de la guerra evitaron el choque frontal. Sin embargo, la polarización de la Guerra Fría y el fin del cardenismo llevaron al enfrentamiento abierto. De nueva cuenta las organizaciones laborales norteamericanas volvieron a usar sus relaciones con México —y esta vez con América Latina en general— para movilizar a las centrales obreras no marxistas en la cruzada anticomunista, coordinada por la Organización Regional Interamericana de Trabajadores (ORIT). La CTM participó en esta movilización, aunque no de manera muy activa. El libro concluye con un análisis de la situación tal y como ésta se encontraba a mediados de la década pasada. Conforme más se aproxima al momento presente el autor se vuelve más crítico de la política latinoamericana de la AFL-CIO. Desde su punto de vista, la cruzada anticomunista había entrado ya en un callejón sin salida, por su esterilidad. El haber tomado los temas de la guerra fría como centro de las preocupaciones de las grandes organizaciones burocráticas obreras, les había impedido efectuar acciones que tuvieran alguna significación para el grueso de los miembros de los sindicatos en América Latina con los que mantenían contacto. Las relaciones entre los movimientos obreros de Estados Unidos y México, formalmente cordiales, carecen ahora de un contenido real.

En estricto sentido, el título de la obra reseñada no corresponde a su contenido. El autor se centró en las relaciones entre las grandes centrales obreras en Estados Unidos y México, pero dejó a un lado otro tipo de relación, quizá no tan importante pero igualmente interesante: las relaciones entre los movimientos de izquierda de los dos países. Por ejemplo, la acción de los IWW se trata de manera muy superficial y nada se dice de la influencia del movimiento comunista norteamericano sobre el mexicano, sobre todo en los primeros años. Esto, más el hecho ya mencionado de que no se incluye material de archivos mexicanos, deja aún un campo en las relaciones entre los grupos obreros de los dos países que todavía está por ser explorado. De cualquier forma, este libro aporta datos nuevos sobre las relaciones entre México y Estados Unidos en un plano que había sido relativamente olvidado por los estudiosos de la materia y que tiene sin duda importancia.

LORENZO MEYER

MICHAEL BRECHER, *The Foreign Policy System of Israel: Setting, Images, Process*, Londres, Oxford University Press, 1972, 693 pp.

Las fuerzas que intervienen en la determinación de las opciones de política exterior de un estado moderno no son sujetos fáciles de análisis, por una razón: el libre acceso a los datos es limitado. Por otra parte, existe el problema de integrar una amplia variedad de datos dentro de un marco significativo. De ahí que el estudio de la política exterior tienda a ser deficiente en cuanto a su contenido teórico y a su rigor analítico.

El libro que reseñamos representa un encomiable esfuerzo por superar algunas de estas deficiencias. La clave del estudio del profesor Brecher es su